

DISCURSOS

LEÍDOS EN LA

SOLEMNE SESIÓN INAUGURAL

DE LA

SOCIEDAD DE PEDIATRÍA DE MADRID

Celebrada el día 16 de Octubre de 1913

BAJO LA PRESIDENCIA DEL

Excmo. Sr. D. Joaquín Ruiz Jiménez

Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes

POR EL

Dr. D. CASIMIRO DEL VALLE Y ORENSE

Secretario general de la Corporación

Y EL

Dr. D. Francisco Criado y Aguilar

Presidente de la misma



MADRID
IMPRENTA LA EDITORA
San Bernardo, 19.

1913

DISCURSO

leído en la solemne sesión inaugural de la Sociedad de Pediatría de Madrid, celebrada el día 16 de Octubre de 1913 bajo la Presidencia del Excelentísimo Sr. D. Joaquín Ruiz Jiménez, Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, por el Doctor D. Casimiro del Valle y Orense, Secretario general de la Corporación.

EXCMO. SEÑOR

SEÑORES SOCIOS

SEÑORAS Y SEÑORES

Cuatro palabras.

Mi situación es verdaderamente comprometida. La Secretaría de la naciente Sociedad de Pediatría de Madrid, tiene el compromiso de honor de dirigiros la palabra y no sin pretensiones. No sirven cuatro cuartillas leídas así como de pasada y para cumplir. ¡No! Es necesario que se impriman, y lo que es más terrible, que se impriman emparejándolas con el hermoso discurso del Presidente, de nuestro querido y eximio maestro en Paidopatía, Dr. D. Francisco Criado y Aguilar, digno Decano de la Facultad de Medicina. ¡Comprenderéis ahora bien mis apuros!

No me queda más recurso que ampararme en vuestra nunca desmentida benevolencia, suplicándoos no pretendáis ver en estos mal pergeñados renglones ninguna belleza literaria y mucho menos correcciones de estilo ni clasicismos de lenguaje. Me conformaré con que no encontréis faltas de ortografía.

Consecuente, por tanto, con mi manera de pensar y sentir, no voy á hacer la ofensa de descubriros la Pediatría.

¿No parecería verdaderamente ridículo que hablara yo para justificar la existencia de esta especialidad ante una asamblea compuesta la mayor parte de especialistas, y mucho menos cuando si tenéis un poco de paciencia, vais á deleitar vuestro espíritu oyendo la magistral palabra de nuestro querido Presidente, D. Francisco Criado y Aguilar, que con su acierto acostumbrado ha escogido un tema tan interesante como es el de los *Fundamentos que hacen de la Pediatría una indiscutible especialidad?*

Creerme firmemente que todo cuanto yo pudiera decir en elogio justiciero de cómo desarrolla el Dr. Criado su tesis, resultaría pobre, mezquino, insignificante para lo que merece. ¡Lo digo con el corazón en la mano! No cabe poderlo hacer con mayor perfección. ¡No os extrañará! También ó mejor que yo conocéis á nuestro Presidente y sabéis qué habilidad tan extraordinaria tiene para enfocar las cuestiones, qué exuberancia de conceptos, con qué claridad los sabe exponer, qué variabilidad de imágenes, cómo las viste literariamente, con qué

ropaje tan bello y florido; y todas estas admirables condiciones, avaloradas con una cultura pediátrica forjada en el trabajo continuo de la clínica, no interrumpido en varios lustros, han hecho que la figura de don Francisco, como cariñosamente le llamamos sus discípulos, figure con justo motivo entre los Príncipes de la Pediatría Española.

Si quisiera dejar aquí bien consignado un hecho ocurrido con la misma y que es la mejor explicación del acontecimiento positivo que hoy todos celebramos.

¿Que desde muy remotos tiempos los encargados de asistir enfermos observaron que había un grupo muy numeroso de afecciones que atacaban única y exclusivamente á los niños y que éstos reaccionaban de una manera distinta que los adultos en todas las enfermedades? No es, claro está, descubriros un suero ó una vacuna nueva, pero en cambio, es demostrar de un modo indudable que la Pediatría es tan antigua como el niño y que los representantes de la ciencia de Hipócrates se dieron pronto cuenta de la existencia de lo que hoy se llama Medicina Infantil.

Pero el que haya tardado tanto en adquirir estado oficial—si vale la palabra—dentro de las Ciencias Médicas y después de adquirido, si sorprende un poco y únicamente la apatía de todos, puede explicar que el inter-cambio literario-científico se haya tenido que sostener en palenques, en donde con buena fe ¡quién lo duda! se la concedía muy escasa importancia y en donde por estrechez del dique en que se contenía la corriente científica se adivinaba fácilmente había de saltar y escoger otro lugar más amplio para dirimir sus contiendas y donde brillara como astro de primera magnitud, al lado de otras constelaciones surgidas ó emanadas del grupo secular de las Ciencias Médicas.

La emancipación de la Pediatría del estado de secuela ó anejo en que se encontraba en unión de la Obstetricia y Ginecología, parecía que estaba á punto de conseguirse, y sin embargo, en el horizonte médico no aparecía el predestinado salvador que hubiera de conseguirlo.

Cansados de ver que en todas las ocasiones á la Pediatría no se la concedía el lugar preeminente á que tiene perfecto derecho por su inmensa importancia, un incidente cualquiera, como vulgarmente se dice, colmó la medida.

A tres ilustres Pediatras de Madrid les cabe el honor de ser los iniciadores de la obra realizada, y al comunicarse la misma idea en presencia de otros tres entusiastas de la Pediatría, se unieron y quedaron convertidos en Comisión creadora y organizadora de la Sociedad de Pediatría de Madrid.

A todo el que no conozca bien en su esencia el medio social en el

que desenvuelve el Médico—al menos en Madrid—su trabajo y sus actividades, quizás le parezca cosa sencilla y fácil de realizar con muy poco esfuerzo lo hecho por la Comisión, y sin embargo, está totalmente equivocado.

Lo que superficialmente parece fácil y hacedero, lo trueca la triste realidad en obra insuperable, merced á los obstáculos que las mezquinas pasioncillas humanas suelen oponer á las empresas más dignas de protección y ayuda, causando dos males, ambos lamentables, uno la labor que esterilizan y otro el desaliento que infunden aún en las voluntades mejor templadas, destruyendo en flor tantas y tantas obras útiles y bellas de que tan necesitada está nuestra pobre España.

Ahora bien; la Comisión estaba formada por Pediatras con un entusiasmo profesional sin límites, de un tesón y constancia inacabables y con un altruismo que era la mejor enseña tras la que lucharon tan bravamente, que en muy breve espacio de tiempo vencieron todos los obstáculos, aniquilaron todos los egoismos y pudieron lanzar su Eureka correspondiente, dando cima á su labor creando la Sociedad de Pediatría de Madrid en la Asamblea Médica celebrada el día 5 de Junio del corriente año, fecha imperecedera en la Historia de la Pediatría Madrileña.

De la vitalidad de la organización creada, buena muestra es lo que tenéis ante vuestra retina, y por si alguna duda pudiera caber, la presidencia honrada como nunca con la presencia del Excmo. Sr. Ministro de Instrucción Pública D. Joaquín Ruiz Jiménez, desvanecerá toda sospecha de que al natalicio de esta Sociedad no pueden seguir más que bienandanzas y días de gloria, otorgadas por la clase médica, trabajadora cual ninguna y que recogerá la Patria Española, al fin madre espiritual de todos nosotros y que sabrá premiar tan nobilísimos esfuerzos.

Del entusiasmo producido, os podréis dar cabal cuenta enterándoos del número de socios inscriptos y la calidad de los mismos, hasta el extremo que me atrevo á afirmar, sin miedo á equivocarme, que todos los Pediatras de verdadero prestigio profesional forman parte de esta colectividad para honra de la misma, y que el número de trabajos presentados y anunciados en esta Secretaría son para satisfacer al más exigente.

Antes de terminar me atrevo á pedir dos cosas que creo no me negaréis: Una es un voto de gracias para la Comisión organizadora y creadora formada por los Doctores Romeo y Lozano, Arquellada, García del Diestro, Mateo Milano, Ruiz Albeniz y Eleizegui, y la segunda es preguntaros ¿desconocéis la labor realizada, durante muchos años privada y públicamente en multitud de trabajos científico-literarios y políticamente traducida en hechos positivos, en la *Gaceta de Ma-*

drid, de protección á la infancia en todos sus aspectos: educativo, moral, intelectual, higiénico, etc., etc., por el Excmo. Sr. D. Joaquín Ruiz Jiménez? Seguramente no. Entonces convendréis conmigo en que el primer acto que debe realizar la Sociedad de Pediatría es nombrar Socio de Honor al Excmo. Sr. Ministro de Instrucción Pública, y así realizaremos un acto de justicia y daremos público testimonio de que esta entidad sabe, aunque modestamente y conforme con sus estatutos, premiar la labor realizada por este preclaro hijo adoptivo de Madrid.

Y aquí tenéis sucintamente enumerados los hechos que han concurrido en la gestación de este organismo. Como veis, la Comisión no ha tenido más que aciertos, que yo soy el primero en proclamar como ferviente enamorado de la verdad, y por tanto, para que sepáis apreciar mi única buena cualidad (entre tantos valores negativos) y que yo ostento como único galardón que me facilita la convivencia entre compañeros tan ilustres como los que en este momento han tenido la piedad (esa es la palabra) de escucharme con un silencio que yo no merezco; es la imparcialidad que me obliga como final á consignar un error lamentabilísimo, el único, y quizás por lo mismo de enorme importancia, cometido por la Comisión y sancionado por la Asamblea Constitutiva, que fué, como todos adivinasteis, el que única y exclusivamente por simpatías me votaran para el cargo que inmediatamente me habéis conferido, y que, como acabáis de ver, no sirvo para desempeñarlo.

HE DICHO.

DISCURSO

leído en la solemne sesión inaugural de la Sociedad de Pediatría de Madrid, celebrada el día 16 de Octubre de 1913 bajo la Presidencia del Excelentísimo Sr. D. Joaquín Ruiz Jiménez, Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, por el Doctor D. Francisco Criado y Aguilar, Presidente de la misma.

EXCMO. SEÑOR

SEÑORES SOCIOS

SEÑORAS Y SEÑORES

El sentimiento encierra más sublimidades que el pensamiento; éste es de más espléndido horizonte, de trascendencia mayor, pero es aquél más penetrante, más sutil, más impulsivo y, sobre todo, más íntimamente personal; el pensamiento al exteriorizarse, domina y dirige á las colectividades, en tanto que el sentimiento surge impetuoso del fondo del sér como la manifestación más genuina y característica de la individualidad, y aunque tiene irradiaciones, su campo de acción es preferentemente el mismo corazón en que nace. Así, pues, antes de hablaros de ciencia, tengo que daros gracias; antes que mi pensamiento se dedique á construir un armazón doctrinal, no ya digno de vosotros, pues, por desgracia, no llegará á tanto, sino modestamente cumplidor del precepto reglamentario, he de permitir que hable mi corazón, porque de no hacerlo así, sus vehementes insinuaciones turbarían la paz y el recogimiento que necesita la labor cerebral. Doy, por lo tanto, rienda suelta á mis afectos y os digo: gracias, gracias muy hondas y sinceras por vuestra benevolencia al designarme Presidente de esta naciente y ya vigorosa Sociedad, que valdrá lo que representa la suma de todos vuestros prestigios personales, de vuestra laboriosidad incesante, de vuestra vastísima y creciente ilustración, del rico caudal de vuestra experiencia y de las valiosas creaciones de vuestro entendimiento.

Pagado ya este tributo de gratitud, ¿qué lucubración debe constituir el tema de mi discurso? Os confieso francamente que su elección no me ha ocasionado cavilación alguna; y os digo más, creo que he tenido innegable acierto; porque, en rigor, no ha sido un producto de mi labor intelectual, sino que me le han impuesto las circunstancias como la natural resultante de la lógica emancipación de esta importantísima Sociedad, que abarca en su inmenso horizonte, los problemas, los cuidados, las preocupaciones referentes á las primeras edades del hombre, para traducirlas en preceptos que lleven el bienestar orgánico á la Humanidad.

Voy á hablaros de los *fundamentos que hacen de la Pediatría una indiscutible especialidad.*

La Medicina, palpitante de unidad por el sujeto de estudio, ha sido

objeto, sin embargo, de múltiples divisiones á impulso de su extensión inabarcable en una sola dirección, ya que la diversidad de los materiales que la integran no se presta á la apreciación sucesiva que preside al estudio de un orden determinado de conocimientos; sino que solicitada la atención por objetos de muy distinta naturaleza, surgió la necesidad de una clasificación del contenido como medio indispensable para alcanzar la total posesión de esta rama de la ciencia.

No he de detenerme en la exposición de los hechos que la historia registra como reveladores de la lenta génesis de esta especialidad, pues os son sobradamente conocidos; y de otra parte, la erudición escrita nunca ha merecido mis ardientes simpatías, erudición que, además, no hubiera podido realizar por haber escrito este trabajo en circunstancias incompatibles con el reposo que exige toda minuciosa investigación bibliográfica, limitándome por consiguiente á manifestar lo que, á mi juicio, constituye la razón de su existencia. Efectuaremos, señores, un concierto de impresiones respecto de este importante asunto: vosotros pensando, yo leyendo; no habrá transmisión mental sino en una sola dirección, de mí á vosotros, pues las elaboraciones de vuestra imaginación no traspasarán el invisible campo en que se ejercita la inteligencia; mas esas cristalizaciones ideológicas que ahora formuláis y mantenéis latentes en vuestro entendimiento, no serán estériles, sino que prendidas en vuestra memoria informarán algún día vuestros escritos ó brotarán oportunamente en las discusiones. Es uno de los eternos procedimientos de construcción científica: la provocación en el auditorio de ideas nuevas á impulso de la exposición de un orden cualquiera de conocimientos; un mecanismo de invención colectiva; un cerebro que discurre y otros muchos que al recibir sus impresiones no se limitan á absorberlas ó á reflejarlas, sino que las devuelven agrandadas, transformadas ó adicionadas con otras tal vez de más valor; se da aquí el caso, en cierto modo, de la imagen clásica: la piedra de afilar que no corta, pero hace que corten los instrumentos que experimentan su influencia.

* * *

Si contemplamos un momento el conjunto del humano saber, vemos destacarse infinita multiplicidad de matices, tanto en el orden ideológico como en el objetivo.

La *filosofía* en sus abstrusas lucubraciones, para cuya elaboración pone en juego las especiales aptitudes de perspicaces entendimientos, que recreándose en los oscuros enigmas de la causalidad, en los fecondos mecanismos espirituales de la inducción y de la deducción, en la trama incorpórea de las relaciones que entre los hechos descu-

bre, llega á la posesión de realidades, no tangibles, es verdad, pero de existencia tan positiva como las formas materiales que hieren nuestros sentidos; y es, que en las laberínticas regiones en que ejercita su actividad el filósofo, hay modalidades de un determinismo dinámico que, aunque inapreciables para los que sólo ven ciencia en las adquisiciones sensoriales, aparecen bañadas de luz espléndida ante las sublimes disquisiciones de la razón.

La *pintura*, que yo la denominaría la *belleza gráfica*, que con sus líneas y tonos, animados por el genio del artista, reproduce con fidelidad asombrosa, ya las personalidades que el afecto familiar ó la admiración de un pueblo quieren perpetuar, ó bien cuanto la naturaleza ofrece de más hermoso en sus inacabables panoramas y espléndidas perspectivas.

La *música*, que lleva en sus ondas impalpables irradiaciones sentimentales del autor, quien logra transmitir las oscilaciones de su afectividad á los oyentes, unificándoles en los inefables deleites que producen las bellezas del pensamiento musical exteriorizado en infinitos estilos, desde el sublime de las vertiginosas creaciones de los grandes maestros alemanes, hasta el sencillo, pero impregnado de mieles y de ternuras, de nuestro chispeante repertorio nacional. Nuestra alma se conmueve á diario á impulso de las ráfagas de suprema armonía que lanzan nutridas orquestas ó de rudimentarias composiciones que brotan espontáneas de lo íntimo de nuestro sér, como fragantes flores de nuestra ventura ó como negruzcas escorias de nuestro dolor; desde los príncipes de la intelectualidad, que distraen sus preocupaciones de bufete tarareando trozos de música selecta, hasta el más rústico labriego, que al compás de los cascabeles de las mulas y de las bruscas trepidaciones de su carro, envía á los aires los ecos de una jota impregnada de dulce melancolía, recreando así su espíritu á la vez que oxigena sus pulmones. Todos sentimos las seductoras caricias de la armonía musical.

La *ingeniería* en sus diversas modalidades, que poniendo á contribución las sublimidades del genio y las maravillas del cálculo, realiza ante nuestros ojos asombrados esas portentosas obras que, por su atrevimiento y belleza, parecen querer competir con las irrealizables creaciones de la fantasía.

¿Y para qué más ejemplos? Estas manifestaciones del pensamiento, las artes y las industrias todas, los innumerables campos de la actividad humana, se hallan divididos en parcelas, cuyos límites arrancan de su propia naturaleza y encuentran un práctico complemento en las aptitudes individuales, pues al excogitar lo que cada cual halla más adecuado á sus disposiciones, resuelve el magno problema de la necesaria división del trabajo.

No quiero continuar el desfile de apreciaciones que mi modesta imaginación podría hacer del inmenso campo del laboreo universal, pues todos sabéis lo minuciosamente especializado que se halla, como lo exigen la incoercible extensión de las materias, su intrínseca variedad, lo limitado de nuestra inteligencia y lo individual de las aptitudes.

Vamos, pues, á discurrir todos unos momentos acerca de los fundamentos filosófico-científicos de la Pediatría, ya que todos sois pe-
ritos de luminosa capacidad en esta materia.

¿De dónde arranca esta Especialidad? ¿Que de dónde? De las innegables características del sujeto de estudio, del régimen afectivo de las familias y de las instituciones que ha creado y sostiene la Sociedad. Por doquiera tendamos la vista hallamos factores de la realidad, que se nos presentan como base inmovible de la Pediatría.

En esas agrupaciones rudimentarias que se denominan familias, rudimentarias por su pequeñez, por el contraste que forman con la muchedumbre social, no porque dejen de ofrecer los elementos intrínsecos de la sociedad general, en ellas se destacan con extraordinario relieve los rasgos originarios de esta Especialidad. En medio de la reciprocidad de afectos y del común interés que imprimen un sello de unidad á la convivencia de los individuos que constituyen esas íntimas agrupaciones humanas, hay matices intensivos en las corrientes de ternura que surcan el ambiente familiar, entre los que descuellan los que provocan los niños pequeños, objeto de todas las asiduidades, de los más nimios cuidados, de las más solícitas atenciones; ¡no parece sino que el cariño crece en razón directa de la debilidad del sér que le inspira! Los vestidos, la alimentación, los paseos, el régimen de vida entero de las criaturas, constituye el objeto constante de la preocupación de los padres, y la minuciosa observación de su salud una de las obligaciones en continuo ejercicio; y es, que el niño, por su peculiar delicadeza, inspira una solicitud siempre en acecho, sin que apenas se dé cuenta de ello el que la efectúa, pues se halla impuesta por la naturaleza como un factor instintivo para la protección y desarrollo de la especie. Y digo instintivo, prescindiendo en este momento de las sublimidades de orden intelectual privativas de la especie humana, porque lo observamos aun en los irracionales, cuyas hembras cuidan de sus hijos con un acierto y una minuciosidad, hasta que la edad les emancipa, que constituye una de las innumerables maravillas que á diario presencian nuestros ojos, que si no nos tienen en un éxtasis ininterrumpido, es porque su repetición ha embotado nuestro juicio haciéndole indiferente al espléndido concierto en que se nos manifiestan.

Y si de la familia pasamos á la Sociedad, encontramos idénticas

atenciones, representadas por los establecimientos de distinto orden, según su objeto, como asilos, escuelas, hospitales, donde se agrupa á la población infantil, ante todo, por la edad, porque es realmente la consideración primera y fundamental de la clasificación sociológica, sin perjuicio de las subdivisiones que la diversidad de circunstancias impone.

¿Es que en todas estas manifestaciones de especialización infantil no se trata sino de la transmisión, mediante el ejemplo, de una inmensa é injustificada rutina? De ninguna manera. Las costumbres inveteradas y universales de la Humanidad tienen una base inmovible en la perspicaz intuición de las colectividades, que origina, se consolida y perpetúa en la inacabable serie de observaciones que informan la experiencia secular. En el caso que nos ocupa, semejante experiencia concuerda, con precisión absoluta, con las enseñanzas de la ciencia.

*
*
*

El niño constituye un sujeto de estudio cuyas circunstancias justifican la existencia de una especialidad teórico-práctica; y no sólo especialidad por los elementos que la integran, sino con sobrado derecho á su emancipación de la Obstetricia y de la Ginecología, á las cuales tan sólo la unían lazos de orden cronológico, de íntimas relaciones anatómicas temporales y, sobre todo, de orden sentimental.

En efecto, al contemplar el sorprendente y complejísimo problema de la generación, nada más natural que conservar unidos, en el estudio teórico y en el terreno práctico, lo que la realidad nos presenta como hechos sucesivos encarnados unos en otros, hasta el punto de formar una serie continua en la que, no ya desde el punto de vista material, sino desde el libre y desembarazado de la imaginación, es imposible separar lo que ofrece una continuidad molecular, una continuidad que descansa en lo íntimo del mecanismo del desarrollo orgánico, que arranca de las misteriosas elaboraciones iniciales de la formación del sér y termina en el destete, cuando la madre suspende definitivamente la corriente de materia asimilable que suministra á su hijo, si bien conservando en toda su intensidad el ambiente de amor en que le incubaba y le cultiva, en el que modela su corazón, con el que cincela su naciente afectividad, con el que desahoga ella la plétora de ternura que sin cesar engendra su espíritu, con el que ha conquistado y ocupa sin la menor controversia el primer puesto en la escala del sentir y del querer, y con el que se ha hecho digna de la admiración rendida y entusiasta de cuantos perciben en el fondo de su propia alma palpitaciones de un amor paralelo, y saben apreciar las radiantes alturas á que se remontan el cariño y la abnegación de una madre.

Pero rendido este espontáneo é irresistible tributo de justicia moral á la sin par figura de la madre y descendiendo al frío campo de la ciencia, donde es preciso descargarse del bagaje sentimental para que su neblina no enturbie la limpidez de nuestras percepciones, ¿qué lazo mantiene unido el grupo de conocimientos que constituye la Pediatría, y los que respectivamente forman la Obstetricia y la Ginecología? Ninguno. Durante la incubación uterina el feto carece de personalidad, excepción hecha de aquellos casos en que haciéndose incompatible su lento período de formación con exigencias anormales de la vida de la que le lleva en su seno, surgen problemas que hay que resolver bajo la presión de las circunstancias; fuera de estos casos, la embarazada y el feto constituyen una sola entidad orgánica, pero cuya representante social y científica es la mujer; ella es la que cuida consciente é inconscientemente de su hijo; ella es la intermediaria indispensable del comercio de éste con el mundo exterior; ella irradia á veces, aunque inadvertida é involuntariamente, á su hijo, gérmenes ó trepidaciones morbígenos; en su seno tienen lugar las casi desconocidas escenas de la patología fetal, y ella es la inspiradora inmediata de las cavilaciones de la puericultura, cuyos preceptos de alta previsión para un futuro próximo, no tienen por el pronto otro campo de acción que el organismo materno.

Las fronteras que separan á la Pediatría de la Ginecología son aún más radicales y evidentes, ya que esta última se ocupa exclusivamente del aparato generador femenino y en la inmensa mayoría de casos fuera de la época de la gestación, y en gran número de ellos cuando la mujer ha llegado á la menopausia.

La emancipación de la Pediatría es, pues, un hecho saturado de lógica, que arranca de la especial naturaleza de su sujeto de estudio; que desarrolla su campo de investigación con características innegables, desde las líneas generales hasta los más nimios detalles, confirmado en su copiosa literatura; y que ha merecido una solemne y explícita consagración en la espontánea, numerosa y cada día creciente falange de sus cultivadores activos y en el asentimiento del Cuerpo médico universal. La base de esta rama de la Medicina descansa, en el terreno de las ideas, en la sólida trabazón de las lucubraciones filosófico-científicas referentes al niño; se desarrolla y realiza su acción en esa inmensa red de investigaciones y de innumerables trabajos que esmaltan la práctica; y nos ofrece la demostración estable y definitiva de su existencia, en las instituciones de todo orden y en la múltiple actividad referentes á esta especialidad, cuya vida es tan potente y justificada que se agiganta por instantes, se infiltra bajo múltiples aspectos en el amplio seno de la Sociedad y lleva sus vibraciones en busca de savia para el bienestar del niño, á las sociedades be-

néficas, á la enseñanza, á la legislación, al libro, á la prensa, á las asociaciones y á dondequiera que palpitan sentimientos de caridad, de altruismo ó de filantropía, y hasta aquéllos que persiguiendo tan sólo un frío objetivo calculador, no ven sino el hecho numérico de las estadísticas.

Mas si abandonando las alturas de una modesta filosofía estrictamente adaptada á nuestra especialidad, nos dedicamos á una minuciosa investigación del organismo infantil, para recoger en el horizonte de lo observable materiales para constituir la base de la Pediatría, nos encontramos con tan rico venero y de tan irreprochable calidad, que la obra de fábrica resulta amplia é inmovible: desde la contemplación en conjunto del funcionalismo del niño, hasta el estudio comparativo de sus órganos y tejidos con los de los adultos, nos ofrecen abundantísima colección de características de un valor irreprochable; siquiera la extensa gama de semejantes características muestre sus más intensos matices en el recién nacido y vayan éstos difuminándose paulatinamente según se aproxima el niño á la adolescencia; atenuación muy explicable, ya que es la consecuencia natural de la sigilosa transformación que el organismo experimenta.

En efecto, es portentosa la mutabilidad que presenta esa edad que conocemos con el nombre genérico de infancia, considerada desde sus albores hasta su crepúsculo fronterizo con la juventud. Aunque siempre palpitante de armonía y de unidad, presenta una nutrida serie de modalidades, que si bien en rigor no son sino oscilaciones cuantitativas, implican enorme importancia en la práctica.

Primero, un sér desprendido de su madre en un ambiente de estupefacción surcado por ráfagas de dolor, saturado de amor inefable é iluminado por los espirituales destellos de la esperanza; un sér, compendio y suma de todas las tenuidades y guardador en estado latente de las numerosas y variadas manifestaciones que van apareciendo sucesivamente en el curso de la existencia, desde las admirables expresiones de la inteligencia, que tal vez se remontan á las alturas del genio, hasta la incorpórea ó por lo menos, indemostrable estela de la herencia morbosa, que contribuirá andando el tiempo á la explosión de procesos de índole diversa. Más tarde, este mismo sér que, sin perder la delicadeza de su constitución, va adquiriendo gradualmente el relativo vigor y la resistencia que le imprimen el insensible aguerrimiento que determina el comercio con el medio en que se ejerce su vida; resistencia que crece, crece á medida que se va alejando la fecha del nacimiento. Y por último, este sér ostenta en la fase terminal de la infancia ese cuadro moral tan hondamente interesante que anuncia la juventud: la reflexión que se acentúa, el pudor que se inicia como centinela avanzado de una inmaculada pureza, las rudi-

mentarias fosforescencias de la pasión y el poético despertar de un alma candorosa, preludian la trascendental metamorfosis orgánica y psíquica que conduce desde la alegre y alborozada infancia á la soñadora juventud. Una serie infinita de moleculares transformaciones, que se exterioriza por ese sucesivo desarrollo inapreciable á la observación detallista del momento, pero evidente ante la contemplación, en el transcurso del tiempo, de ese conjunto de maravillas que constituyen el crecimiento.

Semejantes mutaciones orgánicas, aunque características de la infancia por el especial itinerario que recorren, se repiten sin cesar durante toda la existencia, pues en ninguna edad permanece la economía en reposo, ya que en la adolescencia continúa el desarrollo longitudinal y el volumétrico en general, y el que podríamos denominar de consolidación; en el período ascendente de la edad adulta sigue la vigorización orgánica, que aparentemente se estaciona, aunque ofreciendo oscilaciones en su meseta central, y aminorándose paulatinamente la energía en el período descendente de esta edad, sin que la curva cambie ya de dirección, pues baja incesantemente, baja de modo implacable, si bien con distinta velocidad según las circunstancias; baja haciendo resaltar el decadente estado de una substancia orgánica que ve aminorarse gradualmente los atributos de su vitalidad hasta extinguirse y caer en la tierra, en el mundo inerte de donde tomó sus elementos materiales, como se pierden en la superficie del lago las ondas que produce la caída de una piedra; pero ¡ah, señores!, la extinción del organismo, la extinción de la vida no es sólo la desaparición gradual de la energía, sino la desaparición del soplo espiritual que nos anima, de ese hálito que, difundido por las más íntimas reconditeces de la economía, la dota de aptitudes para el complejo funcionalismo que realiza y por el que efectuamos el elevado laborar de la inteligencia, una de las más sublimes características del hombre, creadora de maravillas y hacedora del progreso.

Si siempre considero un deber moral la protesta explícita y sincera de las propias convicciones, la creo aún más indispensable en estos tiempos en que algunos, en que muchos, pretenden que la ciencia estampe en su frontispicio, como ley de conducta y faro de su escabroso camino, el lema: *Positivismo*, sin fijarse los que proclaman esta vistosa bandera, en que, de demasiado comprensiva, se halla totalmente desprovista de concepto propio.

¿Qué es el positivismo? En mi opinión el ejercicio directo é indispensable de nuestros sentidos; la cortapisa al libre vuelo de la fantasía, que por el hecho de ser libre, vaga por los anchurosos ámbitos de la posibilidad, sin cicerone que la guíe ni autoridad que la garantice; la adaptación del pensar al itinerario marcado por una minuciosa

investigación; la proclamación del laboratorio como asesor exclusivo en nuestros trabajos técnicos; la sustitución de la inconsistente y falaz construcción ideológica, por la inconvencional de los hechos demostrables; la aspiración decidida á la constitución de una ciencia verdad asentada en las realidades que la observación proporciona; la expresión, ordenamiento y utilización del fenomenalismo que nos muestra el mundo que nos sustenta, en vez de las quimeras que forman bruma en la inteligencia y entenebrece el horizonte augusto del conocimiento. ¡Paso al positivismo arrollador, que hace tabla rasa de todo aquello que no descansa en la sólida base de los hechos y que no aparece bañado por la deslumbrante luz de la investigación físico-química en su más amplia acepción, única irreproachable en sus procedimientos y de incontrovertibles garantías en sus conclusiones! ¡Ya no se debe hablar de inteligencia, sino de actividad de las neuronas superiores; ya no hay por qué ocuparse de fuerzas misteriosas, sino del trabajo molecular y comprobable de las legiones de células; ya no hay que creer en la naturaleza medicatriz, sino en las antitoxinas, aglutininas, precipitinas, estimulinas; ya no hay que preocuparse, en una palabra, de entes ficticios creados por abstracciones y lucubraciones imaginarias, sino de entes materiales descubiertos en los inequívocos campos de la realidad!

*
*
*

No diréis, señores Académicos, que he expresado con sordina los entusiasmos clamorosos del positivismo, que he puesto cortapisas á su triunfal marcha, ni fronteras á sus ilimitadas aspiraciones. Mas ahora me permitiréis un modesto, pero sentido canto á mis convicciones, que discrepan profundamente de las reflexiones que acabo de exponer.

¡Positivismo! ¿No se halla por ventura comprendido en su inmenso campo todo cuanto integra la realidad? ¿Es más positiva la existencia del tejido nervioso que las congojas de una madre? ¿Son más reales las cualidades del pulso, apreciadas por el pulpejo de nuestro índice ó reveladas por el esfigmógrafo, que la preocupación que ensombrece la vida del pobre cardíaco? ¿No son de orden positivo el dolor neurálgico, suponiendo que no obedezca á alteraciones materiales hasta ahora indeterminadas, la inapetencia, el insomnio, las mil angustias del tempestuoso horizonte moral, las multiformes cavilaciones de los vesánicos, todo lo subjetivo, todo lo que tiene por escenario el íntimo sentir individual, todo aquello que escapa á la apreciación de nuestros sentidos? La ciencia actual, gloriosa por más de un concepto, permanece impotente y muda en la comprobación de estos hechos, y, sin embargo, ¿quién negará su existencia? Nuestros

sentidos no descubren más que aquello que les hiere, ya directamente ó por el intermedio de instrumentos ó de agentes que hacen posible la apreciación de fenómenos que, sin semejantes recursos, permanecerían para la ciencia en una estéril latitud. ¿Quiere esto decir que tales hechos, en tanto son inapreciables, no tienen una existencia real? De ninguna manera, pues no sólo su existencia es indiscutible, sino que, en rigor, la inmensa mayoría de hechos se traduce en otros secundarios en virtud de las series sucesivas que forman mediante la transformación incesante de la causalidad. ¿Pero, cuál es, sino la inteligencia, la antorcha que nos guía en todo examen y en toda investigación? El hecho es necesario é insustituible como estroma de la ciencia, como materia de conocimiento, pero no constituye por sí toda la ciencia, ni siquiera su parte más noble; la cual hállase representada por la intervención del entendimiento, que es el que percibe á través de los sentidos, el que aprecia por su específica actividad, el que relaciona, el que induce y deduce, el que valora, el que formula hipótesis, el que las acepta ó rechaza, el que crea doctrina, el que forma la ciencia, pues ésta no se encuentra exclusivamente constituida por el informe y abrumador conjunto de fenómenos de un orden dado, ya que tales fenómenos, aunque encierran en sí la verdad de su existencia, no nos delatan su significación ni nos descubren sus relaciones; según la dirección que tomen nuestras interpretaciones, así inspirarán nuestros juicios el acierto ó el error y crearemos ciencia ó fabricaremos quimeras.

¿Qué son el gran Cajal, el insigne Carracido, las mil y mil celebridades que cultivan y engrandecen las mal llamadas ciencias positivas? Un pensamiento profundo, flexible, perspicaz, sutil, que saca de su propia virtualidad orientaciones en la investigación, que efectúa las interpretaciones, que multiplica los recursos del averiguar, que ilumina con geniales resplandores el campo de estudio, frío é inmutable para el observador modesto que fija en su memoria los diversos episodios que le ofrece la realidad, como una cinta cinematográfica, siquiera también este observador, aunque modesto, orle siempre más ó menos los hechos con alguna interpretación, pero campo fecundo para las inteligencias superiores que sacan de su propia actividad ampliaciones y transformaciones de esos hechos, cuyo mutuo engranaje descansa en los infinitesimales primores de un asombroso mecanicismo, ya consideremos el fenomenalismo de los seres vivos, excepción hecha de la esfera psíquica, cuya naturaleza es *sui generis*, ora las sorprendentes combinaciones de la química ó los prodigios de la astronomía y de las leyes físicas en general. ¿Hay ciencias más positivas que las matemáticas ni hay tampoco alguna más incorpórea? ¡Si no tiene de material más que la tiza y la pizarra, como el filósofo

no tiene más que la pluma y el papel, de qué se sirve el calculista para dar forma gráfica á sus abstrusas lucubraciones! ¡Si la ciencia de los números es la más abstracta, la que prescinde en cierto modo del torbellino de los hechos para engolfarse en un mundo, real, sí, pero de una realidad imaginaria, en la que el matemático, ensimismado, abstraído de cuanto le rodea, tal vez cerrando los ojos para evitar toda impresión externa, lanza su pensamiento en un dédalo de filigranas de un sublime soliloquio, cuya sutilidad es verdaderamente vertiginosa, elaborando con semejante trabajo, exclusivamente intelectual, una ciencia admirable, una ciencia incontrovertible, una ciencia que tiene la verdad por esencia, y que es la parcela más positiva del inmenso y variado campo de la ciencia universal!

¿Y la Clínica, qué sería sin la incesante construcción que la inteligencia efectúa con los materiales que la observación la presta? Claro es, y dicho sea con ardiente entusiasmo, que los datos aportados por el laboratorio representan los jalones fundamentales de la Clínica, toda vez que nos dan á conocer la causa primera de muchas enfermedades é innumerables detalles del armazón morbozo que escaparían á la simple acción de nuestros sentidos; pero semejantes aportaciones serían estériles si la inteligencia no las interpretara, no las valorara, no hiciera las debidas deducciones para transformar el hecho bruto en fragmento utilizable de conocimiento.

Sería superfluo, señores, acumular más razonamientos en demostración de la idea que sustento; basta con lo dicho para dejar sentado un concepto que por su evidencia figura entre las verdades inconcusas y que, por lo tanto, pudiera parecer innecesaria la defensa que acabo de hacer. Y, sin embargo, no es así; pues aunque desmenuzado el concepto en los factores de la realidad que le integran ofrece carácter de incontrovertible, cuando se abandonan estos detalles, y se mira en conjunto la marcha de la ciencia, impresionados por la precisión de los descubrimientos químicos, microscópicos, etc., que lleva á cabo, y puestos éstos en parangón con la vaguedad y á menudo el error de las concepciones etiológicas, patogénicas, terapéuticas, de los pasados tiempos, surge el infundado juicio de que el horizonte del verdadero conocimiento es el positivismo, y de que la dirección inviable que la ciencia debe seguir es la investigación del fenómeno, la comprobación del hecho, lo que se ve y se palpa, no las gratuitas y fáciles conquistas de una imaginación más ó menos brillante y seductora. Y aquí es donde está el error. En todo tiempo ha sido la observación la fuente primordial de la Medicina, sin otra diferencia que lo que implica el alcance de los diversos medios de investigación; cuanto más escasos y superficiales son los hechos recogidos, más tiene que suplir y ahondar la inteligencia para llegar al conocimiento

que persigue; y cuanto más numerosos y profundos son aquéllos, cuanto más logramos aproximarnos á los factores primitivos, tanto menos tiene que poner la inteligencia, y, por consiguiente, más fácil será la interpretación, más acertadas las deducciones y correrá aquélla menos riesgo de extraviarse en sus lucubraciones.

Los antiguos médicos encerraban en los virus y en los miasmas la inmensa doctrina actual de la infección, que hace tributaria suya á la mayor parte de la Patología, porque como no podían traspasar el vestibulo de la etiología y de la patogenia, y aun ese vestibulo estaba tan sólo representado por los hechos secundarios que proporcionaba la observación macroscópica, tenían que llenar semejante laguna con los frutos de su perspicaz entendimiento. Hoy se han abierto horizontes llenos de luz con ricos veneros explotables, y el médico encuentra en ellos mayor satisfacción á sus ansias de saber, solución á muchas de las incógnitas que le atormentaban, bucea en profundidades que antes eran inaccesibles, lanza un ¡ah! cuando sorprende el elemento activo del virus, se extasía ante el descubrimiento del por qué del contagio, de la marcha cíclica de algunas enfermedades, de las complicaciones, de las enigmáticas metástasis, del cómo y por qué de una nueva terapéutica, de las mil y mil maravillas del mundo de lo infinitamente pequeño, pero no obstante este progreso, el médico sigue invariablemente con los mismos procedimientos psíquicos de construcción científica; los médicos antiguos se hubieran conducido como los actuales si hubiesen dispuesto de los recursos investigatorios que el progreso ha proporcionado, y los modernos harían lo mismo que los antiguos si no contaran con estos medios. El microbiólogo y el químico son tan idealistas como el médico filósofo y como el médico llamado práctico; sólo varía el objeto inmediato de estudio; pues todos ellos apelan á su inteligencia como motor del procedimiento investigador, y se sirven de ella como potencia interpretadora y amplificadora del conocimiento. La clínica pide á la microbiología el examen de un exputo; y ésta pide á aquélla los preceptos para tratar á un pneumónico.

La ciencia es invariable en su modo de constitución: los hechos representan los materiales, y la inteligencia el arquitecto que dirige y el oficial que manipula. Dejémoslos de alardear de ciencia positiva, porque no la hay negativa; positivo es todo lo que existe, ya en el mundo de lo tangible, ya en el incorpóreo del más elevado idealismo: tan positivas son la disnea y la cianosis de un padre de familia, como el atormentado pensamiento del médico, que rodeado de la desolada esposa y de los pequeñuelos, que tal vez juguetean cerca de la cama del enfermo en un ambiente de irreflexión y de inocencia, sufre crueles angustias morales en busca *imaginaria* del indicado que resuelva esta

tremenda situación que acongoja su afectividad y abruma con inmensa responsabilidad su conciencia.

Hay que hacer ciencia de pensamiento, de imaginación razonadora, de reflexión abstracta, de entendimiento puro, pero no soñador, que complemente, no que sustituya á la ciencia objetiva, á la ciencia de los hechos, á la ciencia de la realidad tangible. La Pediatría lo demuestra; pues á la vez que observación detallada, exige amplia interpretación y rectificación intelectuales en muchos casos, de las expresiones, á menudo falaces, del fenomenalismo orgánico.

Mas, volvamos ya, señores, á la Pediatría.

¿Qué es el niño ante la Medicina? Un hombre en los primeros tiempos de su vida extrauterina, que sin ofrecer diferencia alguna esencial con el organismo adulto, muestra tal número de características que le constituye en un sujeto de estudio especial, ya consideremos las líneas generales de su fenomenalismo ó ya descendamos á la apreciación del grado de desarrollo de sus órganos, de la modalidad de su estructura, de los matices de sus predisposiciones morbosas, de la frecuencia y particularidad de sus enfermedades ó de las luctuosas cifras que aporta á las tablas de mortalidad.

Lo que yo denomino *rasgos sintéticos* del organismo infantil, creo que pueden ser reducidos á tres, que son: la debilidad, la impresionabilidad exquisita y la hiperasimilación; los tres de evidencia absoluta y de incalculable trascendencia.

La *debilidad* no es, en verdad, patrimonio exclusivo del niño, pues es achaque inseparable del hombre en todas sus edades.

Considerado el organismo en su constante acción defensiva en el medio en que vive, no puede menos de admirarse el enorme contingente de resistencia que desarrolla para mantener el equilibrio de su funcionalismo y la integridad de sus órganos ante el continuo embate de los diversos agentes que, á la vez que le sustentan, le agreden; pues el aire, el agua, los alimentos, con sus variantes cualitativas y cuantitativas, y el accidental, pero frecuente ataque de las causas morbigenas, darían al traste con nuestra economía si no contara, no ya sólo con la resistencia estructural de los tejidos, sino en mucho mayor grado, con la resistencia que implica la actividad compleja y armónica de la vida, como lo prueba el que esta resistencia desaparece así que acaece la muerte. Acallo mi deseo de hacer algunas reflexiones respecto de este particular, siempre de oportunidad, pues las ideas se reproducen engalanadas con ropajes de apariencia modernista, aunque en su trama se descubren trazas del *nihil novum sub sole*, y cuyas reflexiones no serían del todo perdidas, pero que reprimo porque me llevarían demasiado lejos. Mas al lado de semejante resistencia, que permite al sér viviente surcar el proceloso mar de la existencia indi-

vidual, se destaca la innegable debilidad del organismo, que le hace fácil presa de las mil influencias de orden hígido ó anhigido, cuya intervención se traduce por las enfermedades y la muerte.

En el niño esta debilidad es tanto mayor cuanto más próximo al nacimiento le consideremos, y la razón es bien obvia: el nacimiento no constituye sino una emancipación orgánica relativa, una grandiosa etapa en el curso del desarrollo, toda vez que aún no ha terminado la formación del sér, como lo demuestra la imposibilidad de sostener su vida el recién nacido por sí mismo, la tenuidad de su epidermis y la blandura de los restantes elementos cutáneos y de todos los tejidos, la particular composición de los músculos y el incompleto desarrollo de los huesos, circunstancias que denotan claramente la profunda debilidad orgánica en los primeros tiempos de la vida extrauterina.

No hay discrepancia entre los hombres de ciencia respecto de este particular, coincidiendo además en tal concepto la opinión de los profanos, según se desprende de los cuidados y desvelos que al niño se prodigan. Debe hacerse notar, sin embargo, lo erróneo del juicio que á veces se formula por personas extrañas á la Medicina, de que los niños tienen una resistencia mayor que los adultos. La experiencia universal de la sociedad ofrece indudablemente gran valor, pues no en balde concurren á su formación legiones de criterios individuales, innumerables observaciones y variedad infinita de circunstancias; pero es una experiencia rutinaria, de estricta impresión, analfabeta, que no penetra en las profundidades de la causalidad, sino que recoge el hecho, el cual se repite en todo lugar y con extraordinaria frecuencia, y formula conclusiones, unas veces acertadas, porque la naturaleza del fenómeno no encierra sinuosidades engañosas, y otras, como ocurre en el caso presente, completamente erróneas, aun cuando las apariencias sean de una lógica irreprochable.

La opinión de gran parte del vulgo de que los niños pequeños tienen una resistencia excepcional, es totalmente errónea; descansa en el hecho, repetido innumerables veces, de restablecerse la salud en casos de graves enfermedades; pero aquí, no diré que el hecho es falso, porque los hechos son siempre verdaderos, sino que es errónea la interpretación que de él se hace. Los niños pequeños curan, en efecto, en muchos casos en que sufren, al parecer, graves dolencias, pero es tan sólo, *al parecer*, porque cuando la gravedad es real, el fallecimiento tiene lugar más á menudo y más pronto que en el adulto, por lo mismo que la resistencia del niño es mucho menor.

La explicación de semejante desacierto en la interpretación está en que los niños pequeños, por su gran impresionabilidad, muestran un cuadro sintomático verdaderamente exuberante, desproporcionado con la intensidad de la causa y de la anatomía patológica, y como es-

tas últimas constituyen circunstancias fundamentales del pronóstico de los estados morbosos, cuando son ligeras, la gravedad es sólo aparente porque se halla representada por la hojarasca sintomática que, como no tiene gran arraigo etiológico ni lesional, desaparece rápida y completamente, dando la impresión de una grave enfermedad que ha terminado por el restablecimiento de la salud; siendo así, que empleando un criterio rigurosamente científico, debe decirse: no sólo los niños pequeños no son fuertes, sino que son tan débiles, que un proceso morbooso de causa ligera y de no intensas lesiones, produce á veces un imponente conjunto sintomático. Cuando la enfermedad es verdaderamente grave por su naturaleza ó intensidad etiológico-lesional, el desenlace funesto tiene lugar con gran facilidad. Díganlo si no las aterradoras cifras de la mortalidad infantil.

La *exquisita impresionabilidad* se destaca de modo innegable en todos los órdenes de la actividad orgánica, desde las nobles manifestaciones del funcionalismo cerebral, hasta la más oscura reacción de una membrana mucosa ante un estímulo anormal. De tal trascendencia es semejante cualidad del niño y tan extenso su radio de acción, que informa una gran parte de la patogenia considerada en general. La extrema viveza del niño en el estado normal, su volubilidad, lo fáciles é intensas de sus explosiones de llanto, la futilidad de sus alegrías, lo abrupto, en una palabra, de la curva que señala las oscilaciones de la afectividad del niño, expresan bien claramente la movilidad excepcional de su sensibilidad. Semejante manera de ser se refleja en los estados morbosos de todo género, ya se trate de simples neurosis, de procesos lesionales del sistema nervioso ó de cualquiera aparato, órgano ó tejido, siendo también en cierto modo indiferente la naturaleza de la enfermedad; pues tratándose en el caso que me ocupa de una reaccionabilidad intensiva especial de todos los tejidos del niño, la resultante sintomática de los estímulos anormales ha de ser proporcional al modo de la actividad fisiológica. Podríamos decir que las fórmulas patogénicas en la infancia ofrecen como característica una inestabilidad y una intensidad extremas; una y otra imprimen sello á los padecimientos y tienen su razón de ser en la particular textura de los niños.

La temperatura normal es poco resistente á las pérdidas un tanto graduadas de calórico, aun cuando sean debidas á influencias hígidas; y de igual manera descienden fácilmente las cifras hipertérmicas patológicas bajo la acción de los antitérmicos terapéuticos. La fiebre surge á menudo en el niño, fácil é intensamente, y desaparece con rapidez, por lo mismo que en muchos de estos casos hay escasa justificación etiológica. Las convulsiones, principalmente en los dos primeros años de la vida; el delirio más tarde; la somnolencia y la agita-

ción siempre; lo borrascoso del fenomenalismo patológico, y, como consecuencia, las apariencias de gravedad; lo agudo ó sobreagudo del curso en muchos casos, ya sea para terminar funestamente ó para tener un desenlace completamente satisfactorio; la frecuencia de las enfermedades; el gran eco que éstas ejercen en la nutrición; la vulnerabilidad de la piel, de las mucosas, del sistema nervioso, de las serosas, de los huesos, exteriorizan en los procesos que en ellos se desenvuelven, una exquisita impresionabilidad que tan trascendental papel juega en la patología infantil.

Y, por último, la *hiperasimilación*, hecho necesario en un organismo cuya nutrición tiene que subvenir á dos órdenes de necesidades: conservación y crecimiento. Las pruebas de este rasgo sintético, las encontramos tanto en el estado normal como en el patológico. En el primero, hállase representado por la natural voracidad del niño: de pequeño, se chupa las manecitas como si toda su actividad se enfocara en la deglución; y cuando tiene más edad, en una gula naciente y simpática para los padres, pero gula al fin, y no conveniente, pues una cosa es la reparación proporcional á las necesidades orgánicas y otra el exceso de alimentación. El niño tiene tendencias absorbentes hasta en la esfera moral: es mimoso y envidioso, nunca se encuentra harto del cariño de los suyos, ni le comparte gustoso con sus hermanos; únicamente se hallan libres de exigencias los niños que viven en asilos ó colegios, ó los de familias numerosas, en las que, como son muchos los hermanos, el cariño de los padres se diluye inevitablemente, ofreciendo un matiz de uniformidad y de calma, que contrasta con lo ruidoso de sus manifestaciones en aquellas casas en que no hay más que uno ó dos hijos.

Los niños son unos apreciables egoístas; sus naturales encantos sirven de pabellón que encubre sus zalamerías y minúsculas incorrecciones, y los padres hallan en éstas motivo constante para desahogar su corazón de los torrentes de ternura que le inundan. Es de desear, sin embargo, que el idilio paterno-filial no esté desprovisto de las notas de educación, en el amplio sentido de la palabra, para que estos tiernos seres crezcan, á la vez que acariciados por la dulce brisa del amor, por la prudente rectificación que imprime insensiblemente una dirección inspirada en sabia perspicacia y en elevados ideales.

No son admisibles, á mi juicio, otras características generales que se han propuesto; tales son: la variabilidad, la intensidad de las reacciones y las asociaciones morbosas, porque ninguna de ellas resiste á la crítica.

La *variabilidad*, entendiendo por tal la diversidad ó sucesión de fases que presenta el organismo infantil en el transcurso de las eda-

des, no constituye verdaderamente una característica; porque aunque es un hecho que tiene lugar en el tiempo, no tiene realidad de presente en el individuo; y la Medicina, en su aspecto clínico, no toma en cuenta para establecer las indicaciones sino las circunstancias actuales; no la historia que no haya dejado rastro, ni el porvenir, porque de momento no representa entidad real, ni, por lo tanto, utilizable. Todas las edades que la Fisiología y la Higiene admiten, ofrecen etapas distintas, pues la vida no se estaciona jamás, y lo mismo ocurre con la infancia, aunque de manera más acentuada. El práctico general, cuando visita á un enfermo adolescente, no tiene por qué tomar en consideración que andando el tiempo será adulto y después viejo; ni cuando visita á un anciano influye en sus determinaciones el que antes haya sido adulto y joven; el clínico funda sus juicios en las condiciones actuales del enfermo; y de igual modo el pediatra estudia al individuo tal y como es de presente, sin ocuparse de que un enfermito, por ejemplo, de cinco años de edad, ha pasado las crisis fisiológicas de la dentición y del destete, y de que más tarde ha de establecerse la pubertad. Esto no quiere decir, claro es, que no se conceda á la anamnesis toda su enorme importancia, pero es en tanto que haya enviado ecos al estado actual; pues cuando los episodios patológicos de épocas anteriores se han extinguido completamente, sin dejar rastro alguno, como una bronquitis ó un catarro gástrico agudos terminados por la curación, se hallan desprovistos al presente de toda significación y de todo interés.

Mas la sucesión de las diferentes épocas de la infancia no tiene siquiera la importancia de los hechos morbosos, porque éstos, en último resultado, pueden revelar la existencia de ciertas predisposiciones, mientras que aquéllos no son sino expresión de la evolución orgánica normal sin transcendencia mutua entre las diversas fases. Concretaré mi pensamiento diciendo, que la variabilidad podría ser considerada como notabilísima circunstancia, aunque no exclusiva, de la edad infantil, pero no como condición del niño; representa gran movilidad evolutiva de un período de la vida, mas no cualidad individual.

La *intensidad de las reacciones* ya es otra cosa; constituye efectivamente una característica, pero secundaria, expresión de otra que es la fundamental, ó sea la exquisita impresionabilidad, la cual se traduce principalmente por esa intensidad reactiva, que acusa intensidad paralela de la impresión recibida por el niño. Admitir como una característica el fenómeno que nos ocupa, no sería incurrir en inexactitud, pero sí apreciar y detenerse en el hecho superficial, sin ahondar lo necesario en la interpretación de la causalidad.

La *asociación morbosa* es no sólo inadmisibile, sino merecedora

de que se la rechace solemnemente por su nocividad filosófico-médica; encierra un error de doctrina trascendental, y si no debe haber cuartel para el error en general, los errores de esta índole deben ser perseguidos sin tregua.

¡Asociación morbosa! y aun algunos dicen: ¡Ley de asociación morbosa! No puedo menos de recordar el ya combatido concepto de «ciencia positiva»; la observación escueta nos presenta efectivamente esa apariencia de conocimiento; grupos de síntomas, sucesión de procesos morbosos, en los que parecen traslucirse lazos causales y relaciones cronológicas, y, sin embargo, nada más lejos de la verdad. La coexistencia ó sucesión fenomenal no implica necesariamente trabazón etiológica, y en el caso que nos ocupa podrán presentarse y se presentan, en efecto, verdaderas asociaciones nosológicas, como sucede en las demás edades, cuando la índole ó la intensidad de la causa morbígena, ó la índole ó la intensidad de las lesiones primitivas ó de las secundarias, dan lugar á un cuadro anatomo-patológico múltiple y disperso desde luego, ó á la aparición de lesiones consecutivas cuando persisten todavía las que han abierto la escena morbosa. Semejante complejidad de proceso no tiene nada de sorprendente ni de inexplicable, y se observa á menudo en la práctica; pero en los niños es tan frecuente, que se la considera por algunos como una característica de la morbosidad de la infancia, cuando se trata simplemente de una secuela natural de la debilidad y de la impresionabilidad que el niño ofrece, á cuyas cualidades debe referirse exclusivamente semejante asociación, porque representan verdaderas predisposiciones á todo lo que signifique acentuación de proceso ó aparición de nuevas manifestaciones morbosas. Sirva de ejemplo el sarampión, el cual, en un joven, tal vez termina sin complicaciones, mientras que en un niño pequeño provoca más fácilmente una bronco-pneumonía ó una enterocolitis, ó una y otra sucesivamente; la primera durante el curso del sarampión y la segunda en la convalecencia á la menor transgresión higiénica que se cometa con el niño, cuyas complicaciones se explican lógicamente y satisfactoriamente por la escasa resistencia de los tejidos ante las causas morbígenas y por la intensidad con que responden á su injuria; es decir, por la debilidad y por la impresionabilidad exquisita.

El estudio de las características del organismo infantil, lejos de ser indiferente encierra gran trascendencia práctica, toda vez que nos da á conocer la modalidad de las actividades generales del sujeto; representa la filosofía clínica de la Pediatría, sin la cual nos veríamos desorientados á la cabecera del enfermo; pues sin negar importancia al conocimiento de los detalles estructurales y de composición de los diferentes tejidos y humores, así como á la proporcionalidad volumé-

trica de los órganos, la suma de semejantes detalles anatomo-fisiológicos no nos elevaría al conocimiento sintético de la economía, que sólo se alcanza contemplando á vista de pájaro el fenomenalismo orgánico en conjunto, como se aprecia la belleza de una rosa mirándola á cierta distancia, no arrancando sus pétalos para examinarlos aisladamente.

No descendemos á la exposición de las mil particularidades que, en detalle, ofrece en el estado normal la constitución anatómica del organismo infantil, porque cae dentro de la esfera de lo indiscutible, y sería, además, impropio de este trabajo; pero sí haremos algunas reflexiones, siquiera sean muy sucintas, acerca de lo más fundamental de la higiene del niño, ya que constituye uno de los sillares de la Pediatría.

La lactancia ofrece un campo de estudio tan extenso y accidentado, y es de tal trascendencia en la salud y en la vida del niño, que representa por sí sola una importantísima parcela de esta Especialidad. El estudio de cada una de sus modalidades está lleno de problemas y es objeto de pacíficas investigaciones en lo relativo á la composición de la leche, á sus fermentos solubles, á las diferencias de las leches entre sí, á su bacteriología, á la ración alimenticia, á las sustancias y medios galactógenos, á las leches modificadas, á los preparados alimenticios que se han propuesto para reemplazar á la leche, etc., etc., cuyos temas solicitan diariamente la atención del mundo médico y siembran profusamente honda preocupación en las familias.

La lactancia materna ofrece tal grado de conveniencia, que su recomendación, ó diré mejor, su imposición, constituye un precepto médico-social extendido *urbis et orbi*. ¿Y cómo no, si es lo que surge desde las más delicadas insinuaciones del tierno amor de la mujer erigida, por el hecho del parto, en la más grande é interesante de la extensa gama de las figuras humanas, hasta las impulsivas determinaciones que provoca el instinto en los animales? Pero ¿puede y debe darse á semejante precepto un carácter casi absoluto como algunos pretenden? De ninguna manera. Nada tan beneficioso para el niño como el que le lacte su madre, ni nada para ésta de tan inefable alegría como el amamantar á su hijo, ya que con ello pone cima á su sublime obra creadora de un sér que la debe su existencia y á quien dedica sus más vehementes afectos y sus más heroicas abnegaciones; pero la posibilidad orgánica no es siempre paralela de los anhelos que informan los altos objetivos morales de la mujer; el sentimiento es sublime, el deseo ardiente, la voluntad decidida é inquebrantable, mas las condiciones individuales contrarrestan á veces estos impulsos, dificultando ó imposibilitando la realización de tan hermosos ideales.

Este género de lactancia constituye frecuentemente un complejísimo problema, para cuya solución hay que mirarle á distancia con el fin de que no nos sugiera la circunstancia de más relieve, que tal vez no sea la más importante, y nos haga perder el concepto de proporcionalidad en la apreciación del conjunto; pues por grande que sea, y lo es inmenso, el interés que la Humanidad tenga en fomentar la lactancia materna, no se deben desconocer ni ocultar las circunstancias de cada caso, que es preciso valorar, y que á veces constituyen verdaderas contraindicaciones. Por el hecho de ser madre no pierde la mujer sus naturales derechos á la salud y á la vida.

Lo más fundamental de este problema, porque es lo que domina á todos los demás factores y que, por consiguiente, no hay que perder de vista jamás, es, que no existe incompatibilidad de intereses entre la madre y el hijo, toda vez que no es absolutamente necesario que la primera críe al segundo; no es un problema de obstetricia, sino un asunto de particular conveniencia de dos seres completamente independientes desde el punto de vista orgánico, en cuyo concepto es su interés estrictamente individual.

La mujer tiene el ineludible deber de amamantar á su hijo; mas este concepto de ineludible se refiere exclusivamente á lo que cae en la esfera de su voluntad, no á su caudal de energías ni á su salud, que no siempre responden á los anhelos de su alma. Y en este punto es donde creo que se cometen á menudo graves inadvertencias por las familias, porque justamente impresionadas por las elevadas cifras de la morbosidad y de la mortalidad infantiles, se enfoca el criterio en la dirección de la indudable conveniencia de la lactancia materna, sin parar mientes en que la conveniencia podrá serlo para el niño, pero podrá no serlo para la madre. Con el fin de evitarse los deslumbramientos que en la apreciación ocasiona la contemplación preferente de un solo factor, debe resolverse cuidadosamente este problema en cada caso particular, colocando al lado de la morbosidad y de la mortalidad infantiles, la morbosidad y la mortalidad de la mujer referibles á la lactancia indebida, á la que yo llamo *lactancia contra naturaleza*, la cual será seguramente responsable, aparte de otras enfermedades, de un gran número de casos de tuberculosis.

Este difícil problema se halla además complicado con el ambiente moral que le rodea, representado por el cúmulo de sentimientos, rara vez armónicos, de la agrupación de individuos que constituye la familia, y de sus deudos más próximos, factor complejo, que lejos de arrojar siempre luz, proyecta frecuentemente sombras por las opiniones encontradas, chispazos reveladores de antipatías latentes, estados de ánimo sordamente tempestuosos, que entenebrece el intrincado problema que el médico ha de resolver, siquiera éste no haya de

tener otra orientación para sus consejos que el bien de la madre y el del hijo, en los que se enfoca y resume el cumplimiento de su deber.

Pero no es sólo la madre la que se perjudica gravemente cuando cría sin tener condiciones para ello, sino que á veces perjudica á su hijo por circunstancias diversas según los casos; hecho que también es preciso hacer resaltar por su incalculable trascendencia; pues todos sabéis que no son sinónimas las palabras amor y salud; que una madre llena de ternura y con abnegación ilimitada, soporta placentera los quebrantos que su organismo maltrecho experimenta de presente y afronta las terribles contingencias del porvenir; mas semejante sacrificio, que en ocasiones se traduce en una espléndida crianza por lo que al estado del niño se refiere, en otras muchas tiene en éste las tristes consecuencias de una lactancia que no tiene de buena sino la hermosa intención de la madre, ya que oculta una influencia nociva de tal ó cual naturaleza, que lleva la perturbación y tal vez la muerte al ser querido objeto de todos sus afanes, sin que la pobre madre se dé cuenta de la verdadera causa de estos desastres, y en algunos casos sin querer reconocer la existencia de semejante causa á pesar de las reiteradas manifestaciones del médico; pues no hay que olvidar que la clarividencia que, por lo general, tienen las madres en lo que respecta á la salud de sus hijos, experimenta un eclipse en estas circunstancias por el vehemente deseo de efectuar ellas mismas la lactancia. Todos conocéis seguramente ejemplos de esta índole, y yo podría citar algunos tristemente elocuentes, y otros, en cambio, de excelentes resultados, por haberse persuadido y decidido la mujer á no dar ella el pecho á su hijo.

La madre tiene el sagrado deber de lactar á su hijo siempre que sus fuerzas y su salud se lo permitan, y el niño no obtenga con la lactancia sino beneficios; en caso de duda, el encargado de resolverla es el médico con su ilustración y su prudencia. Felizmente encontramos solución en muchos, muchísimos casos, de simple deficiencia láctea, cualitativa ó cuantitativa, de la madre, no de índole morbosa, en la lactancia mixta, con la que se satisfacen los anhelos maternos á la vez que se favorece al niño.

He expuesto las precedentes reflexiones por creerlas de gran trascendencia, para no sugestionarnos con la impetuosa y legítima corriente de opinión universal favorable á la lactancia materna y evitar pasen desapercibidas cualidades inadmisibles que en ocasiones ofrece. Y terminaré diciendo, que esta lactancia es de una superioridad absoluta é indiscutible sobre todas las demás siempre que no exista alguna circunstancia que la haga inaceptable; es decir, su bondad es absoluta, pero no constante ni invariable, y, por lo tanto, el juicio

que á la ciencia merezca, así como el consejo del médico, han de ser ampliamente casuísticos.

Aparte de las diversas modalidades de la lactancia, hay problemas relativos á cuándo y cómo debe comenzar la lactancia mixta, la alimentación mixta, establecerse el destete, así como lo referente á los vestidos del niño, á la hidroterapia, al ejercicio, á los trabajos intelectuales, etc., etc., cuyas materias constituyen sendos capítulos de higiene infantil del más alto interés y que me limito á enunciar, porque todos ellos se prestan á largas consideraciones que darían á este trabajo extensión desmedida.

El niño enfermo representa la segunda sección de la Pediatría y en ella existen copiosísimos materiales constitutivos de esta especialidad.

Lo primero que solicita nuestra atención son los Preliminares, los estudios de conjunto, las líneas generales, la preparación para entrar en la clínica, un barniz de filosofía médica, de doctrina, de práctica, de todo un poco, y todo indispensable, por contribuir en gran manera á formar al pediatra; la etiología con sus mil enigmas, entre los que descuellan los relativos á la dentición; los cuidados que hay que tener presentes al visitar un niño enfermo; la profilaxis en su extenso y complejo campo; la crítica doctrinal de las medicaciones activas y de la expectante en los niños; la posología; las emisiones sanguíneas, en estos tiempos de transformación doctrinal de la Medicina; y tantos otros puntos de primordial interés, forman el vestíbulo de la clínica, pero vestíbulo lleno de luz y del que parten valiosas orientaciones para marchar por el brumoso horizonte de la práctica profesional.

Una vez en el terreno de los procesos morbosos definidos, ¿qué profusión de éstos no surge á la simple contemplación de la Pediatría? Pueden formarse con ellos dos grupos: uno de enfermedades privativas del niño, grupo cuyo carácter *sui generis* nadie discute; y otro que comprende algunas enfermedades que, aunque se observan también en edades mayores, deben estudiarse en Pediatría por la extraordinaria frecuencia con que se presentan en el niño y la gran mortalidad que ocasionan, lo que unido á las múltiples particularidades que en la infancia ofrecen, justifica que se las haga figurar en esta Especialidad.

No expondré el índice de estos dos órdenes de padecimientos porque ofendería vuestra ilustración, limitándome á manifestar que comprende desde las alteraciones somático-funcionales que determina un parto distócico, las variadas y algunas veces enigmáticas infecciones que tienen por escena al recién nacido y los vicios de conformación, reveladores de desviaciones del misterioso mecanismo que se realiza durante la vida intrauterina con arreglo á los preceptos del Código biológico, hasta el heterogéneo y nutrido cuadro nosológico que se

va desarrollando en el transcurso de la infancia, integrado por numerosos procesos morbosos de distinta naturaleza y localización; y aunque sus fronteras se confunden inevitablemente con las de la Patología de los adultos, su zona particular se encuentra densamente ocupada por enfermedades propias de la infancia.

* * *

Tal es, señores, el contenido de esta Especialidad, la razón de su existencia; su inmenso campo abarca la cuarta parte de la vida humana, y de sus filas forma parte en sus primeras etapas la Sociedad mundial. La extensión de su estudio todos la conocéis por propia experiencia, y los que tenemos que explicar esta asignatura sabemos la tensión de ánimo que produce la inadaptable desproporción en que, con relación al escaso tiempo de un curso, se halla el enorme caudal de sus importantísimas materias. ¿Quién se atrevería á negar valor y significación á los atributos que la constituyen en entidad *sui generis*, ya la consideremos en las abstractas regiones de la ciencia ó en las objetivas y sociales de la práctica médica?

Aunque la Pediatría en sus trazos cardinales es tan antigua como la Medicina, y su especial entidad está ha mucho tiempo reconocida, siquiera haya efectuado su evolución al lado de la Obstetricia, hoy lanza el entusiasta grito de independencia, entendiendo por tal, no la desavenencia, no el vil sentimiento de la ingratitud hacia las gloriosas especialidades con las que ha convivido; no el siniestro impulso de la soberbia por creerse con un valer que eclipsa á estas especialidades hermanas; no la ruptura ruidosa de sus vínculos con la Medicina general, en cuyo seno ha nacido, de cuya savia se sustenta y á cuyo riquísimo acerbo contribuye, sino la natural satisfacción, y aun podría decir arrogancia, vigorosa, pero modesta, de la que se da cuenta del copioso contingente de sus energías, de su significación en el concierto de la ciencia universal y de la trascendental misión que la está encomendada.

Al dar un cariñoso adiós á las Academias de Obstetricia y de Ginecología, con cuyos triunfos ha entrelazado los suyos, entona un himno á la libertad, saluda y anima á la brillante pléyade de médicos que se han cobijado y han de luchar bajo su bandera, y mira al porvenir con radiante alegría, porque descubre en lontananza objetivos humanitarios y altos ideales que realizar: calmar el dolor de la población infantil, prolongar su vida y fomentar el progreso.

HE DICHO.

JUNTA DIRECTIVA

Presidente.

Dr. D. Francisco Criado y Aguilar.

Vicepresidente 1.º

Dr. D. Baldomero González Alvarez.

Vicepresidente 2.º

Dr. D. Luis Guedea y Calvo.

Vocal 1.º

Dr. D. Manuel de Tolosa Latour.

Vocal 2.º

Dr. D. Avelino Benavente.

Vocal 3.º

Dr. D. Alberto Fernández Gómez.

Vocal 4.º

Dr. D. Miguel Benítez Alonso.

Secretario general.

Dr. D. Casimiro del Valle.

Secretario de actas.

Dr. D. Carlos Sainz de los Terreros.

Tesorero.

Dr. D. Jacobo Banqueri.

Contador.

Dr. D. Martín González Alvarez.

Bibliotecario.

Dr. D. Manuel Pérez de Diego.

Sociedad de Pediatría

LISTA DE SEÑORES SOCIOS DE NÚMERO Y CORRESPONSALES

Número de orden.	NOMBRES	Domicilios.
1	Sr. D. Francisco Criado Aguilar.....	Columela, 5.
2	— Baldomero González Alvarez.....	General Castaños, 4.
3	— Luis Guedea Calvo.....	Hortaleza, 11.
4	— Manuel de Tolosa Latour.....	Atocha, 133.
5	— Avelino Benavente.....	Atocha, 109.
6	— Alberto Fernández Gómez.....	Hortaleza, 81.
7	— Miguel Benítez Alonso.....	Juan de Mena, 11.
8	— Casimiro del Valle.....	Campoamor, 19.
9	— Carlos Sainz de los Terreros.....	Sagasta, 1.
10	— Jacobo Banqueri.....	Lagasca, 5.
11	— Martín González Alvarez.....	Prim, 15.
12	— Manuel Pérez de Diego.....	Jorge Juan, 52.
13	— Guillermo Gaona Morales.....	Augusto Figueroa, 35.
14	— Higinio Gorriz León.....	Cedaceros, 6.
15	— Federico García Martínez.....	Relatores, 22.
16	— Dionisio Gómez Herrero.....	Alberto Aguilera, 70.
17	— Emilio Alonso García Sierra.....	Fuencarral, 101.
18	— Cipriano González Pérez.....	Relatores, 10 y 12.
19	— José García del Diestro.....	Alfonso XII, 46.
20	— Eduardo Masip.....	Magdalena, 1.
21	— Antonio Martínez Angel.....	Hortaleza, 93.
22	— Celestino Moliner y Sanz.....	Mayor, 65.
23	— Enrique Mateo Milano.....	Magdalena, 13.
24	— Juan Luis de Madariaga.....	Corredera Baja, 4.
25	— Carlos Lacaba y Gómez Pinto.....	Concepción Jerónima, 39.
26	— Laureano Lotero Fernández.....	Pez, 11.
27	— Pedro Antonio Lacasa y Benito.....	Monte Esquinza, 23.
28	— Vicente Llorente Matos.....	Ferraz, 9.
29	— José Eleicegui López.....	Felipe VI, 4.
30	— Francisco Escudé.....	San Bartolomé, 25.
31	— Joaquín Decref y Ruiz.....	Fernando VI, 8.
32	— Manuel Fernández Campoamor.....	Montera, 33.
33	— Luis del Cacho.....	Infantas, 3.
34	— Pedro Cerón.....	Ferraz, 32.
35	— Santiago Cavengt.....	Príncipe de Vergara, 9.
36	— Federico Couce Landa.....	Barquillo, 20.
37	— Francisco Canalda.....	San Vicente, 65.
38	— José M. ^a Blanc.....	Jorge Juan, 21.
39	— Manuel Bastos.....	Alonso Martínez, 1.
40	— Manuel Abreu.....	Prado, 15.
41	— Aurelio Martín Arquellada.....	Atocha, 35.
42	— Víctor Ruiz Albéniz.....	San Mateo, 8.
43	— Eusebio Oyarzábal Merino.....	Villanueva, 12.

Número de orden.	NOMBRES	Domicilios.
44	Sr. D. Vicente del Manzano.....	Plaza Independencia, 2.
45	— Luis García Andrade.....	Valverde, 48 y 50.
46	— Francisco Argüelles Saco.....	Antonio Acuña, 5.
47	— Ismael Alonso de Velasco.....	Cruz, 12.
48	— Manuel Almonacid.....	Ferraz, 26.
49	— Joaquín Tena y Sicilia.....	Lope de Vega, 13 y 15.
50	— Francisco Javier Silva.....	Carmen, 39.
51	— Eduardo Jardón Perissé.....	Jorge Juan, 27.
52	— Pedro Moraleda.....	Atocha, 64.
53	— Miguel Manero.....	Fernando el Santo, 3.
54	— Cristóbal Jiménez Encinas.....	Plaza Bilbao, 1.
55	— Julio Robert.....	Libertad, 19.
56	— Laureano Olivares Sexmilo.....	Atocha, 90.
57	— Antonio Piñar Cuadrón.....	Prado, 17.
58	— Jesús M. ^a Segovia.....	Leganitos, 39.
59	— Ramón Salto Janeiro.....	San Pedro, 7.
60	— Luis Heredero.....	Progreso, 17.
61	— Leonardo de la Peña.....	Montalbán, 9.
62	— Manuel Vázquez Lefort.....	Lope de Vega, 21.
63	— Daniel Sabouts Desbarats.....	Jorge Juan, 9 duplicado.
64	— Manuel Olías.....	Santiago, 3.
65	— Aurelio Romeo.....	Belén, 16.
66	— Jesús Sarabia y Pardo.....	Serrano, 16.
67	— Luis Romeo y Aparicio.....	Campomanes, 10.
68	— José Palacios Olmedo.....	Juan de Mena, 11.
69	— Adolfo López Durán.....	Alberto Aguilera, 24.
70	— Augusto Gutiérrez Gamero.....	Jordán, 25.
71	— Luis Palmeiro.....	Coloreros, 2.
72	— Vicente Alvarez Villamil.....	Felipe VI, 4.
73	— Riosalido y Ortega.....	Trujillos (Travesía), 2
74	— Antonio Navarro.....	Príncipe Vergara, 4.
75	— Jerónimo Megías.....	Ferraz, 9.
76	— Norberto Olózaga.....	Lista, 20.
77	— Juan Antonio Gutiérrez.....	Conde Xiquena, 5 y 7.
78	— José Alvarez Sierra.....	Palma, 11.
79	— Ruperto Astuy.....	Recoletos, 2 duplicado.